

# InsectMan : Nunca subestimes a un bicho raro

Dann Castle



Image not found.

# Capítulo 1

**Sé que no será fácil creerme y no puedo culparles,  
pero prometí contar esta historia.**

**Imagino que lo que más les intrigue es cómo llegué a saberlo.**

**Y responder a ello es algo a lo que me enfrento.**

**Algo que también casi sin poder evitarlo, prometo revelar.**

Capítulo · 1

No sabría decir exactamente cuándo o en qué momento preciso, la vida de la familia Wood cambió para siempre.

A veces suelo creer que aunque hay sucesos que ocurren sin más en la vida de la gente, algunos hechos parecieran estar ocultándose agazapados, acompañándoles, esperando el momento justo para convertirse en algo tan importante como jamás imaginado.

Parecieran estar destinados a ocurrir...

Alexander se encontraba muy desanimado ante la inesperada noticia y necesitaba dar un paseo por el bosque. Pensó que una larga caminata le haría bien y salió por la puerta trasera que pertenecía a la cocina de la vieja casona. Peluche, su inseparable perro, corpulento y de espeso pelaje blanco le siguió inmediatamente.

Mientras recorría una vez más su sendero por el bosque, Alex sentía una mezcla de rabia, tristeza, resignación y otros sentimientos que no podía explicar. Volvió a pensar que debió suponerlo: ese viaje prometido nunca iba a llegar. Su padre ya no tenía tiempo para otras cosas más que para su trabajo, aquello que desde hacía mucho, por alguna razón fuera de su alcance, se había convertido en un deber por encima de todo.

Atravesaba los fondos de la casona que se componían de varias hectáreas de bosque, herencia de su familia, propiedad de varias generaciones. Un fondo de casa privilegiado. El lugar ideal en donde desde pequeño jugaba a ser explorador. Pero ahora, con quince años, lamentaba una vez más

sus frustradas vacaciones y llegó a la conclusión de que sería mejor tan sólo imaginarse como un explorador, y abandonar la idea de llegar a serlo de verdad algún día.

Los inmensos árboles murmuraban una suave brisa, y el sol, próximo a esconderse entre las bajas colinas, filtraba sus últimos tenues rayos a través de sus frondosas ramas. Y la tarde comenzó en transformarse en crepúsculo.

No tardó demasiado en internarse en el bosque, hasta que comenzó a deambular sin pensar en nada y finalmente, sin rumbo definido. No le cabía duda. Todo esto le hacía concluir que pronto se convertiría en un adulto y que debería acostumbrarse a tomar su propio camino.

Después de mucho andar sin sentido, se dio cuenta de que estaba muy adentrado en el bosque y bastante lejos de la casa. Pero ya le daba igual. Pensó que le vendría bien alejarse un poco más que de costumbre y ver nuevos árboles. Un paisaje distinto.

Cerca de veinte minutos andando y casi llegaría a la alambrada que separaba al bosque, del centro militar colindante. Su perro, Peluche, le acompañaba como siempre.

- No puedo creer que papá lo aceptara... cualquiera podría haber ido en su lugar - dijo sin que nadie pudiese escuchar.

Fue solo un instante después, cuando tropezó con algo y cayó al suelo de bruces. Su perro sobresaltado, se acercó a él inmediatamente.

- Maldición!... tranquilo Peluche, sólo ha sido una caída.

Miró detrás para ver con qué había dado, pero la hierba estaba demasiado alta y se lo ocultaba. Retrocedió y comenzó a quitarla de en medio, y en cuanto despejó algunos arbustos, surgió lo que parecía ser una vieja y pesada verja de hierro muy oxidada. En algunas zonas estaba bastante deteriorada.

El crepúsculo comenzaba a adueñarse de la tarde, y en medio de un frondoso bosque como ése, la oscuridad y las sombras aceleraban la llegada de la noche. Alex observaba con detenimiento el forjado. Miró alrededor para ver si pertenecía a algún sitio cercano y pudo ver unas enredaderas y árboles desde donde apenas asomaban un grupo de piedras amontonadas. Se dirigió a ellas a solo pocos metros de distancia abriéndose paso entre los arbustos, para comprobar que se trataba de los restos de un pequeño muro en forma circular que rodeaba un pozo profundo. Peluche agitado, posó sus patas delanteras en la parte derruida,

la más baja del muro, para ver en su interior.

Las piedras que lo formaban estaban muy desgastadas y algunas derrumbadas por la irremediable acción del olvido. Retrocedió un paso para imaginarlo mejor y no cabía dudas. Allí se encontraba, escondido entre árboles, enredaderas y abandono, los restos de un viejo pozo, un ruinoso aljibe en medio del bosque.

- ¿Qué hace esto aquí? Quien sabe cuánto tiempo lleva este pozo - pensó en voz alta. Ahora se dio cuenta. Lo que parecía una verja era en realidad la otra parte del aljibe en donde en su día se sujetaba la polea que deslizaría la soga para subir el agua. Nada de eso se encontraba, por lo menos a la vista. Al pensarlo, observó mejor el forjado y le pareció ver algo en su parte superior. Aunque borroso, todavía podía leerse:

"Unda victus - Año de 1686".

Vaya Peluche, a lo mejor hemos hecho un nuevo hallazgo- le dijo a su perro - no será como los de mi padre, o los del abuelo, pero quizás a mí tampoco se me da mal descubrir cosas ¿no crees? Será nuestro secreto. Nadie más debe saberlo.

Le pareció fascinante. No sólo porque nunca había visto un aljibe, sino por el hecho de tenerlo en los fondos de su propia casa. Calculó a ojo aproximadamente unos ocho metros hasta donde se podía ver el reflejo del agua con escasa iluminación. El crepúsculo cedía el paso a la noche y comenzaban a dominar las sombras.

Miró hacia abajo un momento a la oscuridad del viejo pozo con el ceño fruncido. En otras circunstancias, esto debería celebrarlo con su padre, pero Alex lamentaba no tener ningún ánimo para ello.

Su pozo de agua no era lo suficientemente profundo como para conseguir ahogar su enorme decepción.

## Capítulo · 2

Al día siguiente se despertó con dificultad. Se sentía cansado. Era martes. Y ese día podía parecerle cualquier otro martes. No estaba muy hablador que digamos. El desayuno se mantenía animado sólo por el ininterrumpido relato de su abuela Emily que intentaba distender el ambiente, y por las breves respuestas de su padre, Dave, quien sabía que no había mucho que intentar. Por lo demás, Alex apenas estaba esperanzado en conseguir

un repentino cambio de opinión de su padre.

– Alex, ¿quieres que sigamos viendo a los bichos? Estoy descubriendo algunas cosas más sobre sus características. Puedo enseñarte mis apuntes– le dijo su padre conciliador.

– No, gracias.– respondió Alex fríamente.

– Vale, lo que digas. Ya lo haremos luego. De todas maneras, estaré en mi estudio. Cuando quieras hazme una visita.

– Vale, pero prefiero no prometer nada – respondió Alex con sarcasmo y empujando la puerta trasera, salió de la casa, y se recostó en la cama columpio.

Algunos minutos después, su abuela Emily se acercó a él.

– Alex, te he traído un zumo de naranjas.

– Tengo aquí mi cantimplora abuela, gracias.

– No importa, esto te dará energías. Están casi recién recogidas del huerto. Bébelo, vamos.

Alex se incorporó haciendo un esfuerzo.

– Abuela– dijo cogiendo el vaso de zumo– ¿tú crees que papá pueda cambiar de opinión?

– Alex, no se trata de su opinión. Tu padre se ha visto presionado por las circunstancias.

– Pero nunca se ve presionado por cumplirme una promesa. Le es más cómodo ceder a esas presiones, y seguro que le es más fácil.

– Esto no es nada fácil para tu padre, yo le conozco bien y sé que hace todo lo que puede.

– ¿Y crees que para mí sí es fácil? ¿Cuántas vacaciones llevo solo en esta casa de campo? Todos mis compañeros de estudios regresarán contando lo genial que lo han pasado en sus vacaciones y yo tendré que volver a fingir lo contento que estoy de tener un padre que se va por ahí, descubriendo nuevas especies de insectos, ganándose la confianza de su jefe y perdiendo la de su hijo. Mientras tanto, yo me quedo en el bosque jugando al explorador.

– Pero Alex, él quiere estar a tu lado.

– Si, por supuesto. ¿Te refieres a Peluche? Pues mira, no será un gran profesional, pero nunca me pone excusas – dijo mientras su abuela le miraba sin ocurrírsele palabra.

– No, abuela tienes razón. No se trata de su opinión.

Hubo silencio un instante.

– Alex, deberías hablar con él francamente... pero con calma. Tu padre es un hombre razonable. Verás que te sentirás mejor.

Alex lo pensó un momento– Tienes razón abuela. Veré lo razonable que es – y levantándose con un impulso de la hamaca, volvió a la casa en dirección al estudio.

Abrió la puerta sin llamar, como no era su costumbre. Dave, sobresaltado cerró de inmediato una gruesa carpeta que guardó al instante en un cajón tras lo cual echó llaves.

– ¿Qué era eso?

– Nada hijo, no tiene importancia– Respondió su padre dejando las llaves bajo la base hueca de un cortapapeles con forma de estatuilla de una alegoría griega.

Alex se preguntó que podrían contener “solo unos papeles sin importancia guardados bajo llave”, pero tenía cosas más apremiantes de qué hablar.

– Estos insectos sí que son increíbles, Alex– dijo Dave subiendo al escritorio una caja de acrílico transparente con varias especies de insectos recientemente descubiertos en esta última expedición. Aunque Alex ya los había visto la noche anterior, le resultaban increíbles esas especies nuevas y tan extrañas y volvió a quedar como hipnotizado.

– Desde que les descubrimos, –continuo Dave – hemos observado en el campamento sólo algunas de sus características.

Éste de aquí tan extraño, se mimetiza con el entorno de una forma nunca antes vista en un insecto hasta ahora. Además de variar su color y textura, incluso puede cambiar sorprendentemente de forma adaptándola a la de su entorno para confundir completamente a sus atacantes– le contaba fascinado.

Aunque sin poder olvidar su frustración, Alex observaba asombrado.

– Este otro no tan feo, es capaz de nadar bajo el agua y permanecer sumergido durante muchísimo tiempo. Tendremos que investigar como lo consigue, pero el tiempo que puede estar bajo el agua equivale más o menos al que aguanta un buzo humano con sus botellas llenas de oxígeno. ¿No es increíble?

Genial – dijo Alex – Este otro bicho parece un dinosaurio – ¿Pudisteis averiguar algo sobre él? – preguntó con poco entusiasmo pero aún con verdadera curiosidad.

Por un momento, la admiración por estas increíbles criaturas había hecho que Alex casi olvidara la razón por la que estaba allí.

– Sí. Hemos observado dos cosas–. Continuo Dave – Este robusto bicharraco tiene una fuerza extraordinaria. En proporción a un ser humano, equivale por lo menos a la de un elefante. Pero lo más sorprendente es su demoledor sistema de defensa. Lanza unos pequeños proyectiles de una sustancia pegajosa que lleva en una glándula, y que dejan a su atacante atrapado en un pegamento que además tiene un efecto somnífero, paralizándole temporalmente. Aunque su oponente se despierte tiempo después, el pegamento tardará en desprenderse de él.

– Vaya, ¿de verdad? ¿Y éste que parece tan malo? – preguntó Alex realmente admirado.

– Antes del desayuno me llamaron los del laboratorio– dijo Dave– Han hecho varias pruebas y es el más llamativo. Su oído es ultrasensible. Además tiene una mezcla de visión nocturna y una especie de sensor infrarrojo. Es decir que...

– Si, papá, se lo que es eso. Puede detectar todo lo que despide calor– se adelantó Alex y, como volviendo en sí, recordó por qué motivo estaba allí.

– Sí es verdad hijo, olvidaba que eso lo sabías..

– Ojalá fuese lo único que olvidases.

Dave también reaccionó y supo que su hijo no estaba haciéndole una visita.

– Alex, no lo he olvidado. Has visto los billetes del avión.

– Los billetes solos no me llevarán a ningún sitio. Tú volarás en “otro” avión.

– Hijo, ¿no pensaste en ir con la abuela?

– Sí ¿De compras?– dijo sarcástico– Vamos papá, ¿a un safari con la abuela? No es por nada pero ¿crees que eso es ir de viaje de aventuras? Si la pobre apenas puede subir las escaleras...Además ¿Qué hay de irnos alguna vez TÚ y YO? Todas las vacaciones pasa lo mismo. Te vas de expedición en expedición, y habías prometido que esta vez no pasaría.

– Alex. No sabes lo que me ha costado cancelar nuestro viaje...

– Más o menos. Pero la aerolínea te devolverá una parte del dinero ¿no?

– No me refería a eso y comprendo tu sarcasmo, pero tengo mucha presión a mis espaldas. Hay vidas en juego, el gobierno, la universidad, y toda esa gente. Sus esperanzas están sobre mí.

– Mira papá. Lo único que sé, es que la universidad tiene muchos científicos, pero yo tengo un solo padre – Le respondió Alex dirigiéndose a la puerta.

– Si mamá estuviese aquí, no lo consentiría...la echo mucho de menos... – y dicho esto, salió del estudio directamente hacia el fondo de su casa.

Dave pensó que Alex tenía toda la razón.

La abuela Emily, que colocaba leña en el horno, notó que algo no había ido bien.

– Alex, ¿Qué ha pasado?

– Nada abuela. Tenías razón. Ahora me siento mucho mejor.

### Capítulo · 3

Por la tarde Alex decidió visitar el viejo aljibe, ahora su nuevo hallazgo. Supo por un instante que era muy afortunado al haberlo encontrado y se preguntó qué más podría ocultar el bosque.

Corrió internándose entre los árboles antes de que le sorprendiera la noche. Seguía enfadado y resentido.

En ese momento, por alguna razón sintió que el fondo de su casa, ese lugar tan familiar, había dejado de serlo para convertirse en lo que

realmente era: un inmenso bosque, enorme y solitario.

Después de mucho andar sin sentido, se había alejado tanto de la casa que ni siquiera alcanzaba a verla, y los claros que le rodeaban tampoco le resultaban ya conocidos. Había perdido toda referencia. Pero cogió la brújula, y sólo con algunos movimientos no tardó en recuperar su orientación.

Con la intención de que esto no le volviera a pasar, decidió prestar cuidadosa atención al recorrido y casi media hora más de caminata guiándose por las formas de los árboles, del terreno y con la ayuda de su brújula, ahí lo vio otra vez entre los arbustos: el viejo forjado de hierro del ruinoso aljibe.

Al acercarse, un repentino aire meció las hojas que volvieron a murmurar como si narrasen antiguas historias en torno a ese pozo. La débil luz del atardecer se convertía en crepúsculo y Alex necesitaba descansar vencido por el desgano. Se refugió debajo de las enredaderas que bajaban por los árboles alrededor del aljibe y que parecían pretender mantenerlo oculto en el pasado. Se sentó sobre su muro. Bebió más agua que de costumbre y también un sorbo del zumo de naranjas que su abuela le había dejado embotellado en su mochila. Miró dentro del pozo. Una lágrima cayó hasta perderse en el fondo, y un leve movimiento de ondas dejó ver la delgada capa de agua que en su interior había.

Lentamente, sus pupilas se acostumbraron a la oscuridad y pudo ver mejor el agua que ahora apenas se movía. Por momentos, su indignación eclipsaba su tristeza.

Repentinamente, unos metros más abajo dentro del pozo, sobre la pared de ladrillos que recubría el aljibe, observó algo que llamó poderosamente su atención. Pudo ver una abertura a un lado del muro de forma circular. Era del tamaño suficiente como para dar cabida a una persona a gatas. Algo más de un metro de diámetro, calculó. Observó mejor. Parecía contener algún objeto dentro. Con su linterna, apenas pudo iluminar algo más, y con una determinación más propia de su enfado que de su valor, decidió bajar.

Ató su soga a un tronco cercano, la descolgó por el pozo y comenzó el descenso.

Peluche saltaba a su alrededor nervioso, y ladraba como si supiese que estaba a punto de exponerse a algún peligro. Bajar no era tan fácil como le parecía pero su determinación fue suficiente para hacerle sacar las fuerzas necesarias.

– Voy a llegar como sea– dijo decidido. Una vez descendió con mucho cuidado, apoyó los pies en el agujero lateral y descansó por un momento.

Miró hacia arriba, y Peluche ya asomando la cabeza, le observaba lloriqueando inquieto. Bajó la mirada hacia el fondo del pozo que se hundía por debajo de él, notando cómo el agua apenas producía suaves ondas tras caer algunas piedrecillas mientras él se movía. En cuanto se dio cuenta que el fondo se encontraba a casi tres pisos de profundidad le sobrecogió el vértigo. La vista desde allí era bastante impresionante: un pozo de casi dos metros de circunferencia, revestido por grandes ladrillos que descendía hasta terminar en un pequeño círculo que reflejaba agua en movimiento. Y sólo la idea de caer le producía escalofríos.

Continuó descendiendo por la soga hasta poner su brazo en donde antes había puesto los pies, sobre los ladrillos de la base del agujero lateral que le servía de apoyo. Lo primero que observó, fue un antiguo farol cerca de él, de esos que iluminaban a base de aceite.

– Alguien estuvo aquí antes– se dijo intrigado. Pero ¿cuánto antes? Este farol es de por lo menos hace un siglo.

Un poco más adentro, había una exclusiva circular de metal, como si fuese una puerta que impedía continuar, cerrada con un viejo candado. La corrosión casi no dejaba ver sus formas. Colgado como estaba, buscó una posición adecuada, y con un golpe de pierna sin mucho esfuerzo, derribó aquella tapa que alguna vez hubiera impedido la entrada del más fuerte de los hombres.

Pudo ver que el conducto seguía tras la exclusiva. Parecía la entrada a un estrecho túnel de poco más de un metro de circunferencia. Un túnel que, supuso por lógica, debería conducir a algún sitio.

– Ven aquí – dijo mientras sacaba su linterna del bolsillo trasero, con tan mala fortuna, que se le cayó a lo más profundo del pozo.

– ¡Oh, no! ¡Mi linterna!.– se lamentó sin poder hacer nada. Pudo ver cómo ésta se había clavado en el fondo del aljibe, lo que significaba que eso era fango con una fina capa de agua.

Observó dentro del túnel con desconfianza. Volvió a mirar hacia arriba.

– ¡Peluche! –

Su blanco compañero de abultado pelaje, lloriqueaba aún más.

– ¡Peluche! Si no vuelvo en diez minutos, ve a buscar ayuda.

Alex sabía que lo que había dicho, no era para que Peluche le entendiera, sino sólo para sentirse él mismo más seguro. Notó que el ritmo de su corazón se aceleraba cada vez más. Apartó el oxidado farol y cogiendo aire, decidió entrar de la única manera que podía: a gatas. Avanzó un

poco con evidente temor, pero al recordar lo ocurrido horas antes, su rabia ahogaba todos sus miedos. Se giró mirando hacia atrás a la entrada y continuó un par de metros más, pero la oscuridad crecía. Cogió una cerilla del bolsillo de su chaleco y la encendió, para encontrarse con lo inesperado. Una pared de grandes ladrillos acababan con el supuesto túnel. Súbitamente, la llama de la cerilla comenzó a moverse en todas direcciones y al instante se apagó. De nuevo encendió otra, y lentamente levantó la mirada. Pudo ver que el túnel, continuaba en vertical, hacia arriba, apenas metro y medio más. Poco a poco se puso de pie con la cerilla por delante y para su asombro, Alex vio que el túnel proseguía sin final visible en la misma dirección horizontal con la que comenzaba. Repentinamente, la llama se apagó en seco quedándose otra vez en total oscuridad.

– Hay una corriente de aire por aquí. ¿Qué es esto? ¿Una alcantarilla? Claro, eso es...Pero...no, no puede ser – se corrigió– Una alcantarilla nunca se conecta con un aljibe, esto tiene que ser otra cosa. Quizás un enorme depósito de agua ahora en desuso.

Los ladridos de su perro hicieron que acelerara su salida de aquel intrigante túnel. Las emociones dentro de sí, se superponían. Ahora su enfado era lentamente absorbido por una creciente intriga.

Una vez fuera, se quedó mirando ese misterioso agujero, colgado de la soga. Imaginaba a ese misterioso aljibe.

– Vamos a ver– pensó en voz alta– Si había una puerta con un candado es que, o algo se ocultaba, o se protegía o era peligroso entrar, y había que mantenerlo asegurado. Si hay un farol es que alguien estuvo aquí. Y si lo han dejado aquí, es porque no querían ser visto con él, o porque ese alguien, pensaba volver. Además, no les importaba que el agua tapase ese farol, lo que derramaría el aceite de su interior y contaminaría el agua. Pero ¿Qué es eso?–exclamó observando mejor las paredes del interior del aljibe– Las marcas del agua apenas llegan hasta antes de la entrada a ese túnel...

Eso quiere decir que nunca entraba agua a través de él. El aljibe jamás se llenaba– seguía pensando Alex en voz alta mientras su eco le pisaba sus palabras. Cada vez estaba más sorprendido y fascinado por semejante hallazgo.

– ¿Y por qué nadie me había mencionado este aljibe antes? Mmm....todo esto es bastante extraño, ¿no te parece Peluche?

Descartó la idea de avisar del hallazgo a su padre. Continuó convencido de que debía ser su secreto y pensó que tenía que arreglárselas solo como

hasta ahora

-Si nadie me lo contó antes tal vez sea porque ni siquiera saben que este extraño túnel está aquí.

Su perro no paraba de mirar el pozo y ladraba como anunciando peligro.

-Tienes razón. Vamos amigo- le tranquilizó Alex- Está por anochecer.

-----o-----

*(continuará)*